

Robert D. Hare
Sin conciencia

El inquietante mundo
de los psicópatas que nos rodean

1.ª edición, junio de 2003

1.ª edición de esta presentación, marzo de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Robert D. Hare, 1993

© de la traducción, Rafael Santandreu, 2003

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4064-2

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 1.751-2023

Impresión y encuadernación en Limpergraf

Impreso en España – Printed in Spain



Sumario

Nota del autor	13
Prólogo y agradecimientos	15
Introducción: el problema	19
1. En la piel del psicópata	27
2. Retrato robot	42
3. El perfil: sentimientos y relaciones	56
4. El perfil: estilo de vida	83
5. Control interno: la pieza que falta	99
6. El crimen: la elección lógica	113
7. Psicópatas de cuello blanco	135
8. Palabras extrañas pero convincentes	160
9. Moscas en la telaraña	183
10. Las raíces del problema	197
11. La ética de las etiquetas	227
12. ¿Se puede hacer algo?	241
13. Guía de supervivencia	258
Epílogo	272
Notas	275

1

En la piel del psicópata

Pude ver cómo caía un oscuro hilillo de sangre de la boca de Halmea, cómo resbalaba por la sábana hacia la parte de su cuerpo que quedaba bajo Hud. No me moví, ni siquiera parpadeé, pero entonces vi a Hud de pie, sonriéndome; estaba abrochándose la hebilla del cinturón. «¿A que es una patatita dulce?», dijo. Se puso a silbar y a meterse los bajos del pantalón por dentro de sus botas altas de cuero rojo. Halmea enroscó su cuerpo pegada a la pared...

LARRY McMURTY, *Horseman, Pass By*

A lo largo de los años me he ido acostumbrando a la siguiente experiencia. En una reunión de amigos o en una comida de trabajo, un compañero me pregunta cortésmente sobre mi especialidad clínica. Yo le doy un breve esbozo de lo que es un psicópata, de sus rasgos diferenciadores. Invariablemente, alguien me mira pensativo y dice: «Señor, esto me suena mucho a un caso que conozco...» o «¿Sabes?, nunca lo había pensado, pero la persona que estás describiendo es igual que mi cuñado».

Estas atribuladas respuestas no se limitan al reino de las relaciones sociales. De forma casi rutinaria, recibo llamadas a mi labora-

torio de personas que describen a sus maridos, a sus hijos, a un empresario o a un conocido cuya inexplicable conducta les ha causado profundo dolor durante años.

No hay nada que nos indique más claramente la necesidad de reflexión y estudio de la psicopatía que estas historias reales de desesperación y malestar. Las tres que exponemos en este capítulo facilitan la comprensión de esa característica de la psicopatía de que «algo va mal, pero no sé exactamente qué».

Uno de los relatos corresponde a una experiencia carcelaria, como la mayoría de los estudios sobre psicópatas (por la sencilla razón de que es en la cárcel donde hay más psicópatas, además de la información necesaria para evaluarlos).

Las otras dos historias están tomadas de la vida real, ya que los psicópatas no se encuentran solo entre la población carcelaria. Padres, hijos, esposas, amantes, compañeros de trabajo y todo tipo de víctimas sin suerte intentan en estos momentos manejar el caos y la confusión que causan los psicópatas e intentan entender qué pretenden. Muchos de los lectores encontrarán un gran parecido entre las personas que figuran en estos ejemplos y aquellos que les han hecho pasar un infierno en algún momento de su vida.

RAY

Después de obtener el máster en Psicología a principios de la década de 1960, busqué un trabajo para alimentar a mi mujer y a mi pequeña hija y para pagar mis estudios posteriores. Sin haber trabajado nunca antes en una prisión me encontré siendo el único psicólogo de la Penitenciaría de British Columbia.

No tenía experiencia profesional ni como psicólogo ni especial interés en psicología clínica o criminología. La penitenciaría de máxima seguridad, cerca de Vancouver, era una enorme institución que albergaba a esa clase de criminales de los que solo había oído hablar en la tele. Decir que me hallaba en un medio poco familiar para mí es un eufemismo.

Empecé a trabajar bastante desorientado, sin ningún programa de formación o mentor que me informase en qué consistía eso de ser psicólogo de prisiones. El primer día conocí al director y al personal administrativo, todos con uniforme y algunos con armas al cinto. La prisión estaba dirigida al estilo militar e incluso se suponía que yo debía llevar también un «uniforme» consistente en una americana azul, pantalones de franela gris y zapatos negros. Logré convencer al director de que esa indumentaria no era necesaria, pero insistió en que al menos me hicieran un traje en la tienda de la prisión y me enviaron allí para tomarme las medidas.

El resultado fue el primer signo de que no todo estaba tan ordenado ahí dentro: las mangas de la americana eran demasiado cortas, las perneras de los pantalones de diferente medida y los zapatos, cada uno de un número. Esto último me sorprendió bastante porque el recluso que me midió los pies había sido extremadamente meticuloso a la hora de medirlos; incluso dibujó la silueta en una hoja de papel. ¿Cómo pudo hacer dos zapatos de diferente medida? No pude dejar de asumir que me estaban dando una especie de mensaje.

Mi primer día de trabajo estuvo lleno de incidencias. Me enseñaron mi despacho: una inmensa área en la planta de arriba de la prisión, un lugar muy distinto de la acogedora madriguera que yo hubiera querido tener. Estaba aislado del resto de la institución y tenía que pasar por una serie de puertas cerradas a cal y canto para llegar hasta allí. En la pared más cercana al escritorio había un sospechoso botón rojo. Un guardia que no tenía ni idea de lo que era un psicólogo de prisiones —algo que yo tampoco sabía, todo hay que decirlo— me dijo que era el botón de emergencias, pero que si alguna vez tenía que apretarlo no confiase en que la ayuda fuese a llegar muy rápido.

El psicólogo que me precedió había dejado una pequeña biblioteca en la oficina. Consistía principalmente en libros sobre test de Psicología, tales como el test de Rorschach o el test de Percepción Temática. Conocía aquellas pruebas, pero no las había usado nunca, de manera que esos manuales solo reforzaron mi sensación de que no las tenía todas conmigo.

No llevaba ni una hora en el despacho cuando llegó mi primer «cliente». Era un hombre alto, delgado, de cabello oscuro y de unos treinta años. El aire en torno a él era denso y me miró a los ojos de una manera tan intensa y directa como nadie lo había hecho antes. Su mirada no cesaba (quiero decir que no descansaba la vista mirando al vacío de tanto en tanto, como se suele hacer habitualmente).

Sin esperar una introducción, el recluso —le llamaré Ray— empezó la conversación: «Hey, doctor, ¿cómo anda? Mire, tengo un problema. Necesito su ayuda. Me gustaría hablar de ello».

Con todas las ganas del mundo de estrenarme como psicoterapeuta, le pregunté en qué podía ayudarle. En respuesta, sacó un cuchillo y lo blandió delante de mi nariz, sonriendo y con la mirada fija en mis ojos. Mi primer pensamiento fue darle al botón rojo, pero este se hallaba en el campo de visión de Ray y sin duda él sabía para qué servía. No lo toqué; quizá porque tuve la sensación de que solo me estaba poniendo a prueba o quizá porque sabía que ello podía precipitar su ataque.

En cuanto vio que no iba a apretar el botón, me explicó que el cuchillo no iba dirigido a mí sino a otro recluso que le había hecho insinuaciones a su «protegido», un término carcelario que designa al miembro pasivo de una relación homosexual. Yo no sabía por qué me decía esto a mí, pero pronto sospeché que me estaba poniendo a prueba de nuevo, estaba intentando adivinar qué clase de funcionario era yo. Si no mencionaba el incidente a la dirección, violaría una de las reglas más estrictas de la prisión: la de dar parte de la posesión de un arma. Por otro lado, sabía que si informaba de ello, se correría la voz de que el psicólogo no estaba del lado de los reclusos y mi trabajo sería más difícil incluso que antes. Al acabar aquella sesión, en la que me describió su «problema» no una vez sino varias, decidí no informar. Fue todo un alivio que, después de todo, Ray no atacase al otro recluso, pero se me hizo evidente que había caído en su trampa: había demostrado que podía saltarme reglas fundamentales de la cárcel a cambio de desarrollar una relación «profesional» con los reclusos.

Desde aquel primer encuentro, Ray se las arregló para hacer de mis ocho meses de trabajo en la prisión una experiencia lamentable. Sus constantes demandas de mi tiempo y sus intentos de manipularme para conseguir cosas eran inagotables. En una ocasión, me convenció de que quería aprender el oficio de cocinero —sentía que tenía cualidades para ello, que podría trabajar de cocinero cuando saliese de allí y que tenía buenas ideas para mejorar la comida de prisión, etc.—, de manera que apoyé su petición de ser trasladado del taller de máquinas (donde, al parecer, había fabricado el cuchillo) a la cocina. Lo que no pensé es que ese destino era una golosa fuente de azúcar, patatas, fruta y otros ingredientes con los que se podía elaborar alcohol. Varios meses después de haber recomendado el traslado, hubo una repentina erupción en el suelo, bajo la mesa de trabajo del director. Cuando las cosas se calmaron, descubrimos un elaborado sistema subterráneo de destilación de alcohol. Alguna parte del alambique falló y provocó la explosión de uno de los recipientes. No era la primera vez que se descubría un artefacto como aquel en una prisión de máxima seguridad, pero la audacia de construirlo bajo el asiento del director sorprendió a muchas personas. Cuando se descubrió que Ray era el cerebro de la operación tuvo que pasar algún tiempo en reclusión incomunicada.

Una vez fuera del «agujero», Ray apareció en mi oficina como si nada hubiese pasado para pedirme que le trasladase de la cocina al taller de coches: sentía que tenía una habilidad especial, tenía que prepararse para el mundo de ahí fuera, si solo tuviese tiempo para practicar podría abrir su propio taller chapista una vez en la calle... Todavía me dolía haberle facilitado el primer traslado, pero, una vez más, me convenció.

Poco después decidí dejar la prisión para estudiar un doctorado en psicología. Un mes antes de irme, Ray casi me convenció para que le pidiese a mi padre, contratista de obras, que le emplease en su empresa (para conseguir la libertad condicional). Cuando mencioné este hecho a otros trabajadores de la prisión, no pudieron aguantarse la risa. Ellos sí conocían a Ray y sus planes de reforma y todos habían desarrollado una actitud escéptica con todo lo relativo a ese interno.

Yo pensé que estaban cansados de trabajar en una cárcel, pero lo cierto es que tenían una visión de Ray mucho más realista que la mía —a pesar de mi oficio—. La suya procedía de años de experiencia con gente como él.

Ray tenía una increíble habilidad para engañar, no solo a mí, sino a todo el mundo. Podía hablar y mentir con una facilidad y un desparpajo que, a veces, desarmaba hasta al funcionario de prisiones más cínico y veterano. Cuando le conocí ya tenía una larga carrera delictiva a sus espaldas (y, como se demostraría más tarde, por delante); cerca de la mitad de su vida la había pasado en la cárcel y muchos de sus delitos habían sido violentos. A pesar de todo, me convenció de lo que quiso (y a otros con más experiencia también): de su voluntad de reforma, de que su interés por el delito había desaparecido en favor de la cocina, la mecánica, etc. Mentía sin interrupción y sin esfuerzo sobre cualquier tema y si le pillaba con una contradicción (que muchas veces hallaba al examinar su expediente), ni se inmutaba. Simplemente, cambiaba de tema. Por último, convencido de que no era el mejor candidato para la empresa de mi padre, rechacé su propuesta, y entonces lo que me sorprendió fue su capacidad para ser desagradable.

Antes de dejar la prisión para ingresar de nuevo en la universidad, todavía estaba pagando los recibos de mi Ford de 1958, lo cual me suponía un gasto demasiado alto. Uno de los funcionarios, que después llegaría a director, me ofreció cambiar su Morris Minor de 1950 por mi Ford y hacerse cargo de los pagos pendientes. Accedí y, a causa de que el Morris no estaba en muy buen estado, dejé el coche en el taller de reparaciones de la prisión —donde Ray todavía trabajaba (por cierto, gracias a mí)—. Me pintaron el coche y pusieron el motor y la dirección a punto.

Con todas nuestras posesiones en la baka del coche y nuestro bebé en un capazo en el asiento de atrás, mi mujer y yo nos dirigimos a Ontario. Los primeros problemas surgieron poco después de dejar Vancouver: el motor parecía no funcionar demasiado bien. Más tarde, cuando encontramos algunas pendientes moderadas, el radiador empezó a calentarse. Un mecánico descubrió cojinetes en el carbura-

dor y nos dijo que uno de los manguitos había sido obstruido. Esos problemas los solucionamos rápidamente, pero el siguiente, que surgió mientras bajábamos una pronunciada colina, era más serio. El pedal del freno se volvió mullido y, de repente, se hundió hasta el suelo. Cuesta abajo y sin frenos. Afortunadamente, llegamos vivos hasta una gasolinera, donde comprobamos que alguien había cortado el cable del freno de manera que el coche perdiese la frenada poco a poco. Quizá fue coincidencia que Ray trabajase en el taller cuando me arreglaron el coche, pero no me cabe duda de que la «radio macuto» de la prisión le había informado de que ese automóvil era mío.

Mi tesis doctoral versó sobre los efectos del castigo en el aprendizaje y en el rendimiento del hombre. Mi búsqueda de información me llevó, por primera vez, a la bibliografía sobre psicopatía. No estoy seguro de si pensé en Ray en ese momento, pero las circunstancias de la vida me lo trajeron de nuevo a la mente poco después.

Mi primer empleo después de obtener el doctorado fue en la Universidad British Columbia, no lejos de la penitenciaría donde había trabajado unos años atrás. Durante la semana de matriculación, en aquella era precomputerizada, me hallaba sentado detrás de una mesa con otros colegas para matricular a los estudiantes, alineados en largas colas. Estaba registrando a un estudiante cuando mis oídos me advirtieron de que alguien hablaba de mí. «Sí, trabajé como asistente del doctor Hare en la penitenciaría durante todo el tiempo que pasó él allí, un año más o menos. Yo le llevaba todo el papeleo, le expliqué de qué iba el mundillo de la prisión y todo eso. Sí, me consultaba sobre los casos más difíciles. Hicimos un gran trabajo juntos.» Era Ray, haciendo cola en una de las filas.

¡Mi *asistente*! Me permití interrumpir su fluido discurso con un: «¿De veras?», esperando ver su cara de desconcierto. «Hey, doctor, ¿cómo va eso?», me dijo sin perder la compostura ni un instante. Un segundo después, ya estaba hablando de otra cosa. Después, comprobé su solicitud; era evidente que se había inventado los datos que allí figuraban (según aquello, había estudiado en varias universidades). En su favor hay que decir que no intentó apuntarse a una de *mis* clases.

Quizá lo que más me fascinaba de Ray era que, *después* de descubrirle, permaneció impasible (mi colega se tragaba el cuento de que había trabajado conmigo). ¿Qué era lo que, en su psicología, le daba a Ray el poder de saltarse la realidad, aparentemente sin ninguna preocupación ni reparo? Los siguientes veinticinco años me los pasaría intentando resolver esa cuestión.

La historia de Ray tiene algo de graciosa, después de tantos años. Menos divertidos son los casos de los cientos de psicópatas que he estudiado desde entonces.

Llevaba pocos meses trabajando en la cárcel cuando la administración me envió a un recluso para que le hiciese unas pruebas clínicas. Mi diagnóstico iba destinado a la deliberación del comité que concedía la libertad condicional. El interno cumplía una condena de seis años por homicidio sin premeditación. Como en su informe no constaban los detalles de su delito, le pedí que me informase él mismo. Me dijo que el día de autos la hija pequeña de su novia había estado llorando durante horas y, como olía mal, se dispuso a cambiarle los pañales. «Se cagó en mi mano y perdí los nervios», dijo, en un burdo eufemismo de lo que realmente hizo. Y siguió: «La cogí por el pie, la levanté y la aplasté contra la pared». Por increíble que parezca, decía todo esto con una sonrisa en la cara. Me quedé asombrado de su tranquila exposición. No pude menos que pensar en mi propia hija y, con una actitud poco profesional, le eché de la consulta y no quise volverlo a ver.

Es curioso lo que le pasó después a este hombre, según unos informes que obtuve hace poco de la misma prisión. Me enteré de que recibió la libertad condicional un año después de que yo abandonase la prisión y de que murió durante una persecución policial. Había atracado un banco. El psiquiatra de la cárcel le había diagnosticado psicopatía y recomendó que no se le diese la libertad condicional. No se puede realmente culpar al comité por no haber seguido el consejo del experto. En aquella época, los procedimientos de diagnóstico de la psicopatía eran vagos y poco seguros. Entonces, no se conocían las implicaciones de tal diagnosis para la

predicción de la conducta. Como veremos, la situación es ahora bastante diferente y cualquier comité de concesión de la libertad condicional que no tenga en cuenta la posible psicopatía de los reclusos (y la tendencia a la reincidencia) corre el riesgo de cometer errores desastrosos.

ELSA Y DAN

Le conoció en una lavandería de Londres. Ella pasaba un año sabático, descansando de su trabajo como profesora en Estados Unidos. Acababa de pasar por un traumático y agotador proceso de divorcio. Le había visto antes por el vecindario y cuando finalmente empezaron a hablar sintió como si ya le conociese. Era abierto y amigable y se cayeron bien desde el principio. Era muy gracioso.

Ella se sentía sola. El tiempo se presentaba horrible (caía aguanieve). Ya había visto todas las películas y todas las obras de teatro de la ciudad y no conocía ni a un alma en ese lado del Atlántico.

«Ah, la soledad del viajero —dijo Dan compasivamente mientras cenaban juntos—. Es lo peor.»

Al acabar el postre, Dan se dio cuenta de que se había dejado la cartera en casa y tuvo un gesto de vergüenza. Elsa estaba encantada de poder invitarle. Después fueron al cine. En el pub, después de unas copas, él le dijo que era traductor para las Naciones Unidas. Viajaba por todo el mundo. En ese momento, estaba esperando que le enviasen a alguna parte.

Se vieron cuatro veces esa semana, cinco a la siguiente. Dan vivía en un piso en Hampstead, según dijo; sin embargo, no esperó mucho tiempo para trasladarse a casa de Elsa. Elsa se sorprendió a sí misma porque le encantaba la idea de que Dan fuese a vivir con ella. Ella no era tan lanzada. No sabía cómo había sucedido, pero después de tanta soledad, estaba pasando la mejor época de su vida.

Aun así, había detalles extraños, cosas de las que no hablaban y que habitaban en la cabeza de Elsa. Él nunca la invitó a su casa; nunca conoció a sus amigos. Una noche trajo una caja llena de magnetó-

fonos, envueltos en sus plásticos, directamente de la fábrica, y unos días más tarde habían desaparecido. En una ocasión, Elsa se encontró en casa tres aparatos de televisión apilados en una esquina. «Se los guardo a un amigo», fue todo lo que dijo Dan al respecto. Elsa le pidió más información y él simplemente se encogió de hombros.

La primera vez que Dan no acudió a una cita con Elsa ella temía que hubiese tenido un accidente, siempre cruzaba las calles sin mirar, como una flecha.

No volvió a casa en tres días. Al final, Elsa se lo encontró, a media mañana, durmiendo en casa. La peste a perfume rancio y cerveza la puso enferma. El miedo a que le hubiese sucedido algo se trocó en algo nuevo para ella: celos incontrolables, desagradables, salvajes. «¿Dónde has estado? —gritó—. He estado tan preocupada. ¿Dónde estabas?»

Recién levantado tenía un aspecto bastante agrio. «No me vuelvas a preguntar eso en la vida», respondió.

«¿Qué?»

«Dónde voy, qué hago, con quién estoy: eso no te concierne, Elsa. No preguntes.»

Era una persona diferente. Pero un segundo después pareció recobrar la compostura, se desperezó, salió de la cama y se acercó a ella. «Sé que te duele —dijo en su antiguo tono amable—, pero piensa en los celos como si se tratase de una gripe. Lo superarás. De verdad, amor, lo superarás.» Como una gata lamiendo a su cría, consiguió recuperar su confianza en él. Aun así, Elsa pensaba que lo que había dicho sobre los celos era de lo más extraño. Estaba segura de que él no había experimentado nunca el dolor de la confianza traicionada.

Una noche, ella le preguntó si le apetecía salir a comprarle un helado. Dan no respondía y cuando ella levantó la vista para mirarle vio una expresión de furia en su cara. «Siempre has tenido todo lo que has querido, ¿no? —dijo en un tono extraño, malicioso—. Cualquier cosa que desees, siempre saltaba alguien de la cama y corría a comprártelo, ¿verdad?»

«¿Estás bromeando? No soy así. ¿De qué estás hablando?»

Dan se levantó de la silla y salió fuera. No lo volvió a ver jamás.

LAS GEMELAS

El día en que las gemelas cumplieron treinta años, Helen y Steve repasaron el pasado de sus hijas con sentimientos encontrados. Cada uno de los logros de Ariel tenía su contrapartida en una conducta desagradable de Alice, impredecible, frecuentemente destructiva y a veces dispendiosa. Las niñas eran gemelas dicigóticas, pero tenían un parecido impresionante; sin embargo, sus personalidades eran tan diferentes como la noche y el día, quizá la metáfora más apropiada en este caso es que eran como el cielo y el infierno.

Después de tres décadas este contraste de caracteres había crecido. Ariel había llamado la semana anterior para compartir grandes noticias —los socios de su compañía le habían dicho que si seguía así, en cuatro o cinco años la incorporarían a la directiva—. La llamada de Alice, o más bien la de su orientador psicológico, no era tan alegre. Alice y otra residente de su centro de reinserción habían abandonado la casa en medio de la noche y no las habían vuelto a ver. Ya habían pasado dos días. La última vez que esto ocurrió, Alice apareció en Alaska, hambrienta y sin un centavo. Por aquel entonces, sus padres ya habían perdido la cuenta de las veces que le habían mandado dinero y arreglado todo para su vuelta.

No es que Ariel no hubiese dado problemas en su infancia y adolescencia, pero habían sido más o menos los normales. Cuando no se salía con la suya estaba de mal humor, hosca y sombría. Y fue peor durante su adolescencia. En la escuela secundaria había fumado cigarrillos y marihuana; después, abandonó la universidad en su segundo año porque pensaba que no valía para estudiar. En realidad, no encontraba su camino. Durante aquel año que pasó trabajando, sin embargo, decidió ingresar en la escuela de derecho y desde aquel momento ya nada la detuvo. Se concentró en lo que hacía, estaba fascinada por ello y demostró ser muy ambiciosa. Se licenció con notas excelentes, se especializó y encontró el trabajo que quería en la primera entrevista.

La infancia de Alice fue diferente. Siempre hubo algo un poco «fuera de sitio». Ambas chicas eran unas bellezas, pero Helen, su

madre, estaba sorprendida de ver que incluso a la edad de tres o cuatro años Alice sabía cómo usar su encanto de niña pequeña para conseguir sus fines. Helen tenía incluso la sensación de que Alice sabía coquetear —se feminizaba cuando había hombres cerca—, aunque esas ideas sobre su hija le hacían sentir terriblemente culpable. Helen se sintió todavía peor cuando encontraron muerto a un gatito que les habían regalado. Había sido estrangulado en el jardín. Ariel estaba claramente triste; las lágrimas de Alice parecían un poco forzadas. Por mucho que intentó quitárselo de la cabeza, Helen no pudo evitar pensar que Alice había tenido algo que ver con la muerte del animal.

Las hermanas se peleaban como cualquier otro par de niños, pero, de nuevo, algo «estaba fuera de sitio» en la manera en que las gemelas acometían sus discusiones. Ariel estaba *siempre* a la defensiva; Alice era *siempre* la agresora y parecía experimentar cierto placer arruinando las cosas de su hermana. Fue un descanso para todos que Alice se marchase de casa a la edad de diecisiete años —al menos Ariel podría vivir en paz—. Pronto se hizo evidente, sin embargo, que Alice, al independizarse, había descubierto el mundo y las drogas. Ahora no solo era impredecible, impulsiva y capaz de las más terribles patataletas para conseguir sus objetivos, sino que se había convertido en una adicta y hacía cualquier cosa para mantener su hábito, incluido el robo y la prostitución. Los tratamientos —10.000 dólares por tres semanas en una costosa clínica de New Hampshire— y las fianzas se convirtieron en una continua sangría para Helen y Steve. «Me alegro de que *alguien* en esta familia vaya a ser solvente», dijo Steve cuando oyó las nuevas de Ariel. Se preguntaba cuánto tiempo podría seguir apoyando económicamente a su hija. De hecho, había estado reconsiderando seriamente si debía sacarla siempre de la cárcel o no. Después de todo, ¿no era ella (y no Helen o él) la responsable de sus actos?

Helen era categórica al respecto: ninguna de sus hijas iba a pasar ni una noche en la cárcel (Alice ya había pasado bastantes, pero Helen prefería obviarlo) mientras ella estuviese viva y tuviese dinero para pagar la fianza. Se convirtió en una cuestión de responsabilidad:

Helen creía que ella y Steve habían fallado en algo en la educación de Alice, aunque en treinta años de autoanálisis no pudo identificar cuál había sido el error. Quizá era algo subconsciente; quizá no se había alegrado lo suficiente cuando el médico le dijo que iba a tener gemelos. Podía ser que hubiese despreciado a Alice sin darse cuenta, pues era más fuerte que Ariel al nacer. Puede que, de alguna manera, ella y Steve hubiesen generado el síndrome de Jekyll y Hyde al insistir en que las chicas no vistiesen de la misma manera y fuesen a escuelas de baile y campamentos diferentes.

Quizá esto, quizá lo otro... pero Helen dudaba. ¿No cometen errores todos los padres? ¿Acaso no todos los padres muestran, sin darse cuenta, preferencias hacia un hijo, aunque solo sea temporalmente? ¿Acaso no todos los padres se implican (y disfrutan) en el devenir de la vida de sus hijos? Sí, desde luego, pero no todos los padres se tienen que enfrentar con una Alice. Durante toda la infancia de las niñas, Helen intentó descubrir por qué su Alice se comportaba de esa manera. Había observado con atención a otras familias y se había dado cuenta de que había padres bastante poco atentos con sus hijos y sin embargo éstos eran estables y equilibrados. Desde luego, sabía que los padres abiertamente abusivos daban lugar a hijos trastornados, pero Helen estaba segura de que ellos no pertenecían a esa categoría.

Así que el trigésimo cumpleaños de sus hijas trajo a Helen y a Steve una curiosa mezcla de sentimientos: daban gracias a Dios por que sus hijas estaban físicamente sanas, estaban felices de que Ariel hubiese encontrado seguridad y plenitud en el trabajo y, por otro lado, sentían esa ansiedad ya familiar por los asuntos y el bienestar de Alice. Pero quizá el sentimiento más marcado que tuvieron aquella noche, al brindar por sus hijas ausentes, era que, después de tanto tiempo, nada había cambiado. ¡Por Dios! Estábamos en el siglo xx y se suponía que la ciencia debía saber cómo manejar estos asuntos. Existían píldoras para superar la depresión, tratamientos para controlar las fobias, pero ninguno de los médicos, psiquiatras, psicólogos, consejeros y trabajadores sociales que habían visto a Alice durante aquellos años pudo aportar una explicación o un an-

tídoto a su problema. Nadie sabía a ciencia cierta si estaba mentalmente enferma. Después de treinta años, Helen y Steve se miraban a los ojos y se preguntaban tristemente: «¿Está loca? ¿O simplemente es mala?».